

COLECCION DE DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP., TOMAS GONZALEZ.

TOM. V.

GUADALAJARA, ENERO 22 DE 1888.

NUM. 50.

SECCION I.

RASGOS BIOGRAFICOS DE S. S. LEON XIII.

Joaquin Pecci, el supremo Jeraarca de la Iglesia católica, de noble y elevada estirpe, hijo legítimo del conde D. Luis y de D.^{ca} Ana Prosperi, nació en Carpignano, diócesis de Anagni, el día 2 de Marzo de 1810.

Aún no contaba ocho años y ya empezaba á manifestar su claro entendimiento en el Colegio de Viterbo, dirigido por los hijos del inmortal Ignacio de Loyola; á los catorce de edad se trasladó á Roma ingresando en el Colegio Romano, y tantos progresos hizo en las ciencias sagradas, que á los veinte años sostenía con general admiración, públicas disertaciones, obteniendo en breve el grado de doctor en sagrada Teología, y poco después en la Universidad Romana el de Derecho civil y canónico.

Por su ingenio y por sus profundos conocimientos en las ciencias y en las letras fué la admiración de sus profesores y condiscípulos.

Gregorio XVI, que apreciaba en alto grado la virtud y la ciencia, le nombró su prelado doméstico y Refrendario de la Asignatura.

El 23 de Diciembre de 1837 el Emmo. cardenal Odescalchi le confirió el sagrado orden del presbiterado, por lo cual la cristiandad regocijada celebró este año con demostraciones de filial cariño, las solemnísimas bodas de oro del sacerdocio del gran Pontífice.

Con el carácter de delegado apostólico fué enviado sucesivamente á Benevento, Espoleto y Perusa, haciéndose célebre por su prudencia y equidad con todas las clases.

No hay en el pueblo, ni en el clero de

Benevento quien no recuerde con gusto á Mons. Pecci, el cual con alto celo se dedicó á destruir los últimos restos de prepotencia y los abusos que en aquellos lugares tenía encendida la tea de la discordia, favorecida por muchos nobles que protegían el bandolerismo. Hizo cuanto pudo con su clara inteligencia y noble corazón para conducir y guiar al pueblo á la observancia de las leyes y al amor del Soberano; y lo consiguió, alejando toda clase de insidias, á las cuales aquellos pueblos estaban sujetos por las innumerables partidas de malhechores que saqueaban la provincia.

Gregorio XVI, y Fernando II rey de las Dos Sicilias, le dieron muestras de aprecio en prueba de su grande estimación.

En Perusa se conserva todavía vivo el recuerdo del intrépido Delegado, del celoso Pastor, del Padre afectuoso que supo regir con tanta prudencia y sabiduría aquella diócesis, como igualmente en Espoleto, cuya diócesis gobernó con no menos celo y rectitud.

En el consistorio de 27 de Enero de 1843 fué creado arzobispo de Damiata. Después fué nombrado nuncio en Bruselas reinando Leopoldo I, que quedó muy satisfecho del carácter, virtud, ciencia y servicios prestados por el jóven Prelado.

En 1846 Gregorio XVI, accediendo á las vivas y reiteradas súplicas de una respetable Comisión de Perusa, lo creó arzobispo de aquella diócesis, que gobernó durante treinta y dos años, distinguiéndose siempre por sus preclaras é innumerables obras de caridad.

En el consistorio de 19 de Diciembre de 1853 el inmortal Pío IX, que tanto le distinguía, le creó y publicó cardenal del título de *San Crisógono*. En 1877 Su Santidad, deseando dar un público testimonio del aprecio en que le tenía, le nom-

bró Camarlengo de la Iglesia Romana, indicando con esto el deseo de que le sucediese en el Pontificado.

El 20 de Febrero de 1878, después de treinta y seis horas de cónclave, al tercer escrutinio y en medio del mayor júbilo, fué electo como premio á su gran virtud y ciencia, Pontífice Máximo.

Su coronación tuvo lugar en el Vaticano el día 3 de Marzo del mismo año.

El 28 de dicho mes dirigió su primera alocución al sacro Colegio y promulgó el restablecimiento de la gerarquía eclesiástica en Escocia, por la cual tanto había trabajado su inmortal Predecesor.

El 21 de Abril publicó su primera Encíclica *Inscrutable Dei judicio* al Episcopado, presentando á la Iglesia católica como madre y maestra de civilización.

Además escribió Encíclicas contra el socialismo señalando en ellas las doctrinas subversivas para destruir la sociedad; sobre el matrimonio civil, determinando el verdadero concepto del matrimonio cristiano; sobre el principado político, al que tienen derecho los soberanos Pontífices; sobre el santísimo Rosario magnificando las glorias de la Santísima Virgen; y después la Encíclica *Humanum genus*, que tanto admiró al mundo, dirigida contra la Masonería.

Por último, en su Encíclica *Inmortale Dei*, monumento de inmortal sabiduría, ha asombrado al mundo con la fortaleza y suavidad con que establece los indestructibles fundamentos de la sociedad civil y cristiana, y destruye y pulveriza todos los errores político-religiosos que hoy seducen y extravían los espíritus.

Profundo conocedor de la poderosa filosofía de Santo Tomás, de ese genio del Cristianismo que supo descubrir las vías más ocultas de la razón y armonizar el pensamiento humano con la verdad revelada, no tardó en proponerlo como maestro universal de la ciencia cristiana.

Por él obtuvieron nueva aureola de gloria los beatos Juan Bautista de Rossi, Lorenzo de Brindis, José Benito Labre, Clara de Montefalco, inscribiéndoles en el catálogo de los Santos; beatificó á Carlos de Sezze y á Umile de Bisignano.

La mente de nuestro gran Pontífice,

rica de sublime doctrina, ha estado siempre dedicada á obras extraordinarias, tanto que, en su maravilloso pontificado, Leon XIII ha verificado admirables trabajos en favor de la civilización, del Papado y del mundo, y seguirá sosteniendo los derechos de la Iglesia desde la Cátedra de San Pedro.

El acontecimiento de la mediación pontificia en el asunto de las Carolinas ha demostrado al mundo cuánto respeto inspira el gran Pontífice, cuántos bienes puede traer al mundo su pontificado, y cuánto le deberán no solo los fieles católicos, sino los pueblos y las naciones, aun las desidentes, si aprovechan las luces que Dios ha depositado en su Vicario.

El día 1.º de Enero se cumplieron cincuenta años de la Ordenación sacerdotal y primera Misa de este excelente Pontífice. ¡Es fiesta de familia! Es la fiesta del Padre! ¡Son las Bodas de oro de nuestro gran Pontífice Rey!

EL JUBILEO DE S. S. LEON XIII.

El día 1.º de Enero de 1888, celebró el mundo católico las Bodas de Oro del inmortal Pontífice Leon XIII, que felizmente ocupa hoy la silla de San Pedro.

Bodas de Oro se llama en el lenguaje cristiano la fiesta de familia en que se celebra con cierta pompa el quincuagésimo aniversario del matrimonio de los padres; y como el Sacerdote al recibir la unción Santa del Señor, al ofrecer por vez primera en el altar la Víctima pacificadora del mundo, contrae con la Iglesia un matrimonio espiritual, que es mil veces más importante y fecundo que el matrimonio ordinario, aceptando por esposas á todas las almas redimidas con la sangre de Jesucristo, y consagrándose enteramente á su servicio, es natural que él y ellas se regocijen al ver que el Cielo, rico en misericordias, les ha concedido la gracia de vivir cincuenta años en tan suave y bella unión. Y si esto pasa, tratándose de un simple sacerdote, ¿qué no deberá ser cuando, como sucede hoy, quien celebra sus bodas de oro es el Sumo Pontífice, el propio Padre Universal de todos los fieles?

En efecto, hace medio siglo que el

ra, atado será en el cielo, y lo que desataré en la tierra, desatado quedará en el cielo.

“Tú, Pedro, eres la piedra sobre la cual edificaré MI IGLESIA.”

Estas palabras del Salvador son el indestructible fundamento del Pontificado. En vano los vicios y las pasiones humanas hormiguean queriendo destruir los cimientos que sostienen la Sede del primer apóstol; esos cimientos están amasados con el sudor de los santos, y con la amargura de los mártires; esos cimientos están levantados al pie del Gólgota y sobre ellos ha chorreado la sangre de Jesucristo.

¿Si los impíos tuvieran corazón, ni con sus miradas los tocaran!

Todavía el catolicismo no aparecía en el mundo cuando ya su fundador era perseguido; todavía el Evangelio no había llenado de constelaciones el orbe cristiano cuando ya los filósofos lo combatían; aún no predicaba Jesús, aún no pisaba la tierra, cuando hubo una ley para que lo sacrificasen, aunque corrieran la misma suerte otros niños inocentes.

La lucha contra la Iglesia fué inspirada y preparada por Satanás antes de que esa Iglesia tuviera forma.

Apénas había resucitado Jesucristo; aún no tocaba el ocaso aquel hermosísimo día en que la fe católica vió que el hijo del carpintero era el Dios vivo, cuando ya los judíos compraban testigos para hacer creer que esa divina resurrección era una superchería.

El primer siglo cristiano no llegaba á su ocaso cuando todos los apóstoles habían sido sacrificados ¡por blasfemos!

En Roma se martirizaba á los cristianos por ateos; después en los siglos venideros se sacrificarían por fanáticos; para combatirlos y aniquilarlos nunca faltaron palabras alarmantes.

Afortunadamente, para justificar más la divinidad del catolicismo, no obstante esos combates, y otros mil sostenidos en diez y nueve siglos, la Iglesia vive robusta, pura y gloriosa.

¿Dónde están los grandes Emperadores romanos que iban á pulverizar al naciente Pontificado? Nuestro último Papa es-

tá en Roma en 1887; y aquellos verdugos ¿dónde están con sus cohortes, sus adaladores y sus ejércitos? ¿Dónde están sus dioses y sus fieras, sus altares y sus tormentos? ¿En dónde están Diocleciano y Neron y tantos Julianos? ¿Por qué los errores de Arrio y de Pelagio y de otros mil han sido llevados por los siglos á servir de tapiz al Obispo de los Obispos?

Un poder así tan respetado por el tiempo, tan venerado por los siglos y por los reyes más virtuosos del mundo, tiene que ser un poder vigoroso, fuerte, divino, distinto de todos los delesnables gobiernos de la tierra.

No hay memoria de que un gobierno domine á más de doscientos millones de hombres, sin amenazarlos con cadalzos, ni fatigarlos con cadenas ni condenarlos á la muerte. Las leyes del Rey del mundo católico son siempre dulces como su semblante; su palabra divina no es el rayo, sino el pararrayo; sus frases de amor al mundo cristiano parece que salen todas de los suspiros y de las lágrimas que Jesús dejó bajo el árbol escogido del Getsemaní.

Un gobierno como el del Sumo Pontífice tiene que ser fuerte, porque en todas las partes del mundo tiene, no súbditos, sino hijos.

Allí, donde se encuentre en lo más remoto del mundo un ser civilizado por completo, allí estará un cristiano que piense en su patria, en su familia y en el Papa.

Antes de quitar del corazón del hombre cristiano el sentimiento de Dios, es preciso quitarle la creencia en el Pontífice.

El Rey de Roma reina sin armas, sin ejército, y sin adaladores: éste es el reinado increíble de los cristianos: ésta es la fuerza del Dios impalpable que quisieran tocar los impíos con sus manos.

Muchos reyes y muchos gobiernos empuñan hoy un estandarte en que se leen palabras que embriagan á los pueblos con programas irrealizables; el Papa sólo presenta al mundo una bandera en que se leen los diez preceptos austeros del Decálogo; y sin embargo, esta bandera

ondea en todas las conciencias que viven tranquilas.

¿La bandera del Vaticano es una bandera siempre blanca!

El Papado nunca ha transigido con el error, ni con la fuerza; ésta es su mayor fortaleza; el Papa en su trono de Roma ha sido venerado; el Pontífice cuando vive en el destierro ha sido llorado y amado por todos los católicos del orbe; el poder del Pontificado tiene sus raíces y su sabiduría en el cielo, y por eso la barquilla que lucha en el mar terrible de las pasiones de la humanidad, no ha perecido después de vogar mil ochocientos años en medio de todas las tempestades.

Pues bien, un gobierno como el del Pontífice que está en todas partes, que legisla con la miel de la esperanza en otra vida, que tiene para el que se arrepiente de sus debilidades, la dulcísima palabra del perdón; un gobierno que conociendo el corazón humano en sus grandezas y en sus perversidades, nunca le ha negado con sus sacramentos el rocío de las bendiciones de Dios; un gobierno así, repetimos, tiene que ser tan grande como tan estable y respetado. Y si así debió ser siempre ¿cómo no lo será hoy, en este siglo en que el error y el mal exigen derechos y respetabilidad del bien?

Nuestro siglo nos ha traído grandes inventos que ni queremos ni podemos negar; pero también en este siglo la semilla sembrada por los libre-pensadores, que enseñó á silabear Lutero, y á leer correctamente Voltaire, está ahora en su mejor florescencia.

El socialismo y el nihilismo amenazan los tronos más poderosos del mundo; la comuna pide el aniquilamiento social como un derecho sagrado; la ambición vestida con la túnica del derecho, exige en todos los lugares del mundo lo más absurdo y lo más inícuo.

Los gobiernos entre sí luchan por dominar más hombres y más tierras; y como los gobiernos y los hombres se dicen soberanos, todo, todo, pueden hacerlo.

¿Quién es, pues, el único que en esta confusión voluntaria de errores y de derechos puede con poder grandioso salvar

al mundo tan empapado en la maledicencia?

¿Quién puede en nombre de la justicia que es Dios, establecer la verdad y la justicia en la tierra?

Por su imparcialidad, por las tradiciones grandiosas de su sede inmortal, por su acrisolada justificación, por su estandarte santo en que se leen los mandamientos todos de Dios, el Pontífice es el único que puede con las tablas del Sinaí convencer al mundo y enseñarle la verdad y la justicia.

Si el mundo se ha de salvar por el amor á Dios, el Pontífice es quien excita ese amor, quien vigila por todos los hombres, quien está pronto á sacrificarse por la verdad de lo que predica. Para el Papa las contiendas entre los reyes y los esclavos no son sino disgustos habidos entre iguales hijos; lo que puede conceder á unos concede á los otros.

Siendo pues la justicia el único norte del Pontificado, y siendo esta divina institución perenne é inmortal, grandiosa por sus antecedentes históricos, ilustre por sus representantes, indestructible por las palabras de Dios, claro es que vivirá siempre para ayudar á los gobiernos honrados, para secar las lágrimas de los que lloran, para combatir y aniquilar los errores todos, para exaltar más el nombre de Jesucristo.

Débiles é infructuosos serán los esfuerzos de los gobernantes del mundo si creen que con el terror se exterminan las inclinaciones perversas de los hombres: si no hay creencias religiosas, si no se les enseña á AMAR en las líneas del Evangelio, todo será poco menos que inútil.

¡Sólo la religión y el Papa pueden salvar al mundo!

En ninguna parte el Papa es extranjero.

Si Adán, adelantándose un poco á la resurrección universal, se presentara hoy en París ó en Viena, ó en México, se hallaría entre su familia.

El azteca lo mismo que el español, el chino igualmente que el peruano, le llamarían padre y le cederían el lugar de honor en la mesa y en el hogar.

Ni en América, ni en Europa, ni en Africa,

ni en Oceanía, le dirían: retírate, advenedizo, que has nacido en el Asia.

Adan no sería extranjero en ninguna parte del mundo.

Al Sumo Pontífice todos los pueblos le llaman Padre.

Aun los protestantes, aún los infieles, los mahometanos, lo mismo que los chinos, cada uno le da en su idioma aquel nombre que significa la paternidad.

Esto es providencial, hay que convenir en ello.

Y lo que es más, eso no es natural. Lo que quiere decir que tiene algo de sobrenatural.

La palabra de Dios es eficaz, es decir, que *hace lo que dice*, y al llamar al Pontífice padre de todos los hombres, lo hizo padre de todos los hombres.

Los incrédulos admirarán el hecho aunque se empeñen en negarlo.

Pero no negarán, ni admirarán siquiera otros hechos porque son naturales, aunque hay que sospechar que su enunciación va a sorprenderlos.

Antes de 1810, el Rey de España, nacido en España, no era un extranjero en el Perú, ni lo era en el Brasil, ni en México, ni en Cuba. Decirlo, sería un solemne disparate.

Su soberanía lo imposibilitaba para ser extranjero.

¿Y no es más noble, más alta, más soberanía la espiritual que la temporal?

¿Cómo pudiera el Papa ser extranjero ni en México, ni en Portugal, allí donde es soberano de las almas?

Un soberano extranjero no puede tener en México súbditos, á no ser que esos súbditos sean extranjeros en México.

Un soberano extranjero para España, no puede tener súbditos españoles.

El Papa es soberano en México y en España, pero no es soberano extranjero.

¿Acaso el Emperador de Austria es esclavo para los vieneses y extranjero para los Bohemios?

El presidente Carnot no es un extranjero para los italianos de Niza y de Saboya.

¿Acaso el Presidente de la República Mexicana es extranjero para los otomies, para los tarascos, para los paines, los mayas y los mixtecos?

Extranjero no es el que es de otra parte, sino aquel que no es de la tierra.

¿Y el Papa no es Papa de los mexicanos, como lo es de los españoles y franceses?

El mexicano lo mismo que el belga, le llaman al Papa: mi padre.

Y lo que es más, el Emperador del Brasil también le llama su padre, y este mismo dulcísimo nombre le dan los reyes de España, è igualmente le nombra el rey de Portugal, y durante mucho tiempo no le dieron otro título los presidentes de México.

¿Pues si el presidente del Ecuador y todos los ecuatorianos le llaman Padre, le dicen Papa, y aún los cuerpos colegisladores, el Senado y el Congreso le dicen Padre Santísimo, puede ser extranjero en el Ecuador?

Pues hay más: ¿Podrá Dios ser extranjero en ninguno de los pueblos de la tierra?

Claro es que no; luego Nuestro Señor Jesucristo, que además de ser hombre es Dios, no es, no puede ser extranjero en ninguna de las naciones.

Y eso, aunque haya nacido en Belen de Judá.

¿Quién es el Papa?
Es el Vicario de Jesucristo, su personero, su otro yo. No tiene más representación que la de Jesucristo.

Donde Jesucristo no sea extranjero, no puede serlo el que lo representa.

Es su vicario, es decir el que ocupa su lugar. ¿Acaso podrá decirse que la Religión Católica es extranjera porque tuvo su nacimiento en la Judea?

La Religión Católica es universal, y por lo mismo es de todos los pueblos, es de todos los países, es de todos los hombres.

Siendo esto así, y siendo el Papa una parte esencial de la Iglesia Católica, es también universal, es de todos los países y de todos los pueblos.

La Iglesia Católica no es otra cosa que la *humanidad considerada bajo el aspecto religioso*.

Luego el Papa, que es la cabeza de la Iglesia Católica, es la cabeza de la humanidad.

¿En qué parte de la humanidad pudiera ser extranjero?

El Papa sólo puede ser considerado extranjero, donde sea extranjero el Evangelio.

Pero nótese que si la humanidad se divide en civilizados y salvajes, consiste en que los primeros tienen el Evangelio, y los segundos ó no lo han recibido ó se han olvidado de él.

De manera que el Papa sólo es extranjero para los salvajes.

La desgracia es que en el siglo XIX se vé lo que jamás se ha visto, esto es, á los bárbaros de la civilización.

DE DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP., TOMAS GONZALEZ.

TOM. V.

GUADALAJARA, FEBRERO 8 DE 1888.

NUM. 51.

SECCION I.

CARTA DEL SANTO PADRE

A SU EMINENCIA EL CARDENAL PAROQUI, VICARIO GENERAL DE SU SANTIDAD.

Señor Cardenal: Cada año al llegar la solemnidad de la fiesta de Navidad, Nos tenemos la costumbre de acordarnos de nuestros pobres de Roma. Coincidiendo en el presente la celebracion del Nacimiento del Señor con el aniversario de nuestro Jubileo sacerdotal, queremos que más grandes larguezas regocijen á esos hijos que nos son queridos, pues deseamos que ellos que son los más cercanos á Nos, sean los primeros en gozar de esta generosidad de que nos están dando pruebas los católicos del mundo entero. Así es que Nos hemos destinado á este efecto la suma de ciento cuarenta mil francos, de los cuales diez mil están dedicados al Instituto de jóvenes artesanos de San José; diez mil á favor del Instituto de ciegos de San Alejo; veinte mil para socorrer á los sacerdotes más necesitados y activos, así como á los maestros ménos bien retribuidos de nuestras escuelas; y cien mil para auxiliar á los pobres de las diversas parroquias de Roma. Es nuestra intencion que la distribucion de los socorros á las personas comprendidas en estas dos últimas categorías, se haga por Vos, Señor Cardenal, con asistencia de Monseñor Lenti, vicergerente de Roma, y de Monseñor Cassetta, nuestro limosnero secreto.

Penetrado de profundo reconocimiento

hacia el Señor por la singular bondad que se ha dignado manifestarnos y por los consuelos que nos ha proporcionado en estos dias, Nos deseamos vivamente que la voz y oraciones de los pobres, tan caros á Jesucristo, se unan á la nuestra para tributar humildes acciones de gracias á la Divina Clemencia é implorar de ella nuevos socorros proporcionados á las necesidades.

Entre tanto, como prenda de los más insignes favores del cielo y en testimonio de nuestro paternal afecto, Nos os concedemos la bendicion apostólica á Vos, Señor Cardenal, y á todo el clero y pueblo de Roma.

Dada en el Vaticano, el 15 de Diciembre de 1887.—LEON XIII, PAPA.

Los que acerca de los cuantiosos donativos que recibe Su Santidad han hablado en estos dias ocupándose en decir que debería darse á aquellas sumas mejor empleo, pueden ver por este rasgo del Padre Santo, que los regalos que los católicos hacen á su Santo Pastor, refluyen en beneficio de los pobres y son distribuidos entre ellos con providente mano por el Vicario de Jesucristo.

Por cierto que nadie ni nada puede haber obligado al Sr. Leon XIII á repartir casi la totalidad de los regalos que se le han hecho con motivo de su jubileo sacerdotal, cediendo como lo ha verificado, el dinero en efectivo á los pobres, los objetos de arte, joyas, etc, á los museos del Vaticano, y todos los vinos, comestibles, etc, á los hospitales y establecimientos de beneficencia.

jóven Sacerdote Joaquin Pecci llegó al altar á ofrecer á la Iglesia su corazón, su vida y su amor, celebrando tan santo desposorio con el dulcísimo festín eucarístico; y hoy que se encuentra elevado á la más alta dignidad de la tierra, hoy que es el Pastor, no de una parroquia ni de una Diócesis, sino de la cristiandad entera, todos sus hijos nos regocijamos, procurando hacerle presentes los sentimientos de nuestras almas, para que le sirvan de consuelo en el mar de amargura que le rodea, y, en acción de gracias, dirigiendo al Señor nuestras plegarias, pidiendo á la vez para nuestro querido Padre, los auxilios divinos que necesita para conducir su rebaño al aprisco eterno de la gloria.

Otros varios Pontífices, como Pío VI, Gregorio XVI y Pío IX celebraron sus Bodas de Oro; pero nadie con la pompa y el esplendoroso júbilo que Leon XIII:— Esta fiesta es hoy un acontecimiento público y universal; es una verdadera solemnidad religiosa que con una fuerza irresistible atrae á todas las gentes: es una explosión de cariño y de afecto en todos los corazones católicos. El grito de amor se dió en Italia: de allí partió la iniciativa de celebrar este jubileo con la suntuosidad y magnificencia que se vé; y el mundo todo, con unanimidad asombrosa, ha correspondido al llamamiento.

La voz de todos los Prelados ha recordado á sus ovejas las obligaciones que tienen en tan grande día: en los principales centros de Europa y América se han formado asociaciones para ofrecer en él al Vicario de Cristo oraciones, limosnas y obras de ciencia, de literatura y de arte: en los jardines del Vaticano se preparó una exposición universal para exhibir allí preciosidades de todo el orbe. Multitud de periódicos se han ocupado en celebrar las Bodas de Oro de Leon XIII; y lo que es más, en tan extraordinario movimiento, entraron hasta aquellos que no pertenecen á la Religión Católica. Los protestantes Guillermo, Emperador de Alemania y Bismarck, el que hace pocos años decía que, "el sepulcro de Pío IX contendría á la vez el cadáver de este Pontífice y el de la Iglesia," le envían hoy

magníficos obséquios de Bodas de Oro.

La Reina de Inglaterra, protestante también, hace á S. S. el Papa un espléndido regalo, y manda al Vaticano á un enviado especial, el Duque de Norfolk, para que en su nombre asista á las fiestas del Jubileo; y el Sultán de la mahometana Turquía acredita también ante la Corte Pontificia un Embajador que en el quincuagésimo aniversario de su Sacerdocio presente al Jefe de la cristiandad sus consideraciones y respetos, acompañándole un hermosísimo anillo de valor de \$ 25,000 para que lo lleve en tan solemne día.

Ahora bien, ¿qué significa todo esto? ¿Por qué tanto entusiasmo, tanto movimiento, en favor de un anciano, pobre y prisionero? La respuesta es bien sencilla. Dios, que sostiene á su Iglesia, que ha prometido que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, hace hoy ver con más claridad que la luz, el espíritu de vida que la anima; hace comprender así á todos los que la quieren ó declaran muerta ó moribunda, que vive y vivirá, á pesar de todos los esfuerzos que sus enemigos hacen para destruirla; y que "en nuestro siglo XIX, como en los diez y ocho que le han precedido, la fé conmueve las montañas, hace prodigios y no puede ser detenida por nada, ni por nadie."

A SU SANTIDAD EL SR. LEON XIII.

La más grande figura del siglo quinto, Beatísimo Padre, abre la serie de los Sumos Pontífices, cuyo nombre os plugo elegir.

San Leon Magno, el prototipo más exacto de vuestro glorioso pontificado, es aquel Sapientísimo Doctor de la Iglesia que sublimado á la cátedra del Príncipe de los Apóstoles el 10 de Mayo de 440, á su presencia, pequeños parecen todos los de su tiempo.

La admirable energía desplegada por este Papa Santo contra los errores de Eutiques, los cuales minaban en su cimiento la fé que habían sellado con su sangre millones de mártires, le mereció el sobrenombre de "El Grande" á ninguno dado hasta aquella época. Monumento de

ello son las letras que dirigió á San Flaviano condenando dichos errores. Apenas leídas ante el concilio de Calcedonia, cuando los quinientos obispos congregados en esta asamblea, todos á una voz exclamaron: *Pedro ha sido quien ha hablado por boca de Leon.*"

Vuestras saludables enseñanzas, Beatísimo Padre, que desde que fuisteis elevado al Pontificado, hacen frente al complejo de errores de todos los siglos que devoran al nuestro. inspiradas como las del Santo de vuestro nombre en las purísimas fuentes de la Verdad, os hacen muy digno de que todos los cristianos y no cristianos os consideren como "*El más grande Pontífice del siglo XIX.*"

Rendidos á la evidencia, sólo los que teniendo ojos no quieren ver, podrán negar lo que to los palpan, y es, que cuando todo conspira contra nuestra santa religión, una sola palabra emitida por el venerable Prisionero del Vaticano, basta para que más de docientos millones de católicos, prosternados ante vuestro sólio, confiesen y publiquen á Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre.

Reservado estaba á la altísima prudencia de un San Leon Magno, someter á la Santa Sede las Iglesias de Africa, obligando á Valentiniano III á reconocer la supremacía del Romano Pontífice.

Vuestra dulzura ¡Oh Beatísimo Padre! no conoce límites. Es la dulzura del justo que cautiva el amor, aún de corazones empedernidos. A ella es debido que careciendo de los dominios que la Santa y Sabia Providencia legó al Pontificado para obrar con plena libertad en todos sus actos poderosos de distintas creencias, os rindan homenajes de soberano, os hagan árbitro en contiendas internacionales, holgándose por ende en hacer importantes concesiones á sus súbditos católicos. Hechos sin semejanza en los anales de la Iglesia, auguran que bajo vuestro Pontificado, Santísimo Padre, recobrará aquella todas sus prerrogativas.

La imponente presencia de un San Leon Magno, fué bastante para que el fiero Atila, lleno de pavor, se detuviese á los umbrales de la ciudad de Roma, y pa-

ra salvar á un pueblo del furor de Gensérico, rey de los vándalos.

Vuestro nombre, Beatísimo Padre, alarma de tal manera á los enemigos de la sociedad, que no es posible enunciarlo sin que no los llene de pavor la idea de orden, de moralidad, de verdadera grandeza que está inherente á él. Una sola palabra vuestra se escucha hasta los confines de la tierra llevando en pos de sí lo que en vano intentan dar los mejores políticos, aún disponiendo de todos los tesoros de la tierra y de los ejércitos mejor organizados, *la paz de las naciones*, emanación sublime de la caridad cristiana.

Vuestro nombre, Santísimo Padre, ese nombre que habeis tomado en memoria de la gran veneración que teneis á la Santidad del Sr. Leon XII, es el más glorioso timbre de vuestro Pontificado. Teniendo presente que este humildísimo Papa al morir, pidió ser enterrado á los pies de San Leon Magno, bajo una simple losa con esta modesta inscripción: "Es el menor de los herederos de tal nombre, quien ha elegido este lugar;" habeis tenido por norma de vuestra conducta la energía, prudencia y doctrina de aquel Gran Pontífice, únicos medios para reivindicar los sacrosantos derechos de la Iglesia y salvar á la sociedad.

Benedicid, Beatísimo Padre, á toda la Cristiandad que de hinojos pide al Omnipotente os guíe en todos vuestros pasos.

Solo el Papa puede salvar al mundo.

¡No hay que temer!

Los errores más universales, los que más han afrentado á la raza humana y hecho gozar á las inteligencias pervertidas, como menudas arenas han caído al fin bajo las plantas de los Pontífices.

Antes que Jesucristo espirara, y que la luz se aniquilara entre sus párpados, había dicho al primer pontífice: *Yo rogaré á mi Padre para que no falte tu fé;* había dicho á sus elegidos: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos;* y había prometido al más anciano de ellos, el más augusto y santo de los ofrecimientos: *lo que atares sobre la tier-*